

Bajo el signo de Isis

Raúl Vallejo

*El placer ha sentido todo, bajo sus manos,
bajo sus labios, bajo sus fantasías, entre
la locura sin nombre de todos los ardores
un fuego de colores en un fuego de fiebres.*

Juan Ramón Jiménez, *Libros de amor*

Ella imagina que la desnudez de su cuerpo, sometida al escrutinio de las manos multiplicadas de su hombre, es arena de playa lamida por el mar.

«Aunque sea imposible quiero darme completa a ti y, al mismo tiempo, tomarte todo», había susurrado en las horas tempranas de la tarde mientras, sentados bajo el parasol, bebían piña colada. Añadió: «quiero atragantarme de tu necesidad de mí», e intercambiaron esas miradas que escudriñan en lo más recóndito del otro pero que no les sirve a los amantes para ver lo que pasa a su lado.

Bocabajo, en esta noche de fondo marino, Isis se entrega a la exploración de los labios de Adriano que besan sus hombros, que resbalan por la espalda hasta el nacimiento de sus colinas encendidas. Cierra los párpados y deja que la invada esa sensación de vaivén de ola que saborea la arena soleada. Él, con un cariñoso temblor, separa las redondeces de la mujer y funde su lengua con el estrecho orificio que le es ofrecido. Ella tiene la certeza de que su recóndita estrella late empapada de saliva y pronto habrá de ceder a la punta de la lengua que la hurga.

La sábana sobre la que se dibuja el moroso jugueteo de sus luminosos cuerpos huele a playa de luna llena.

«Amo la sabiduría milenaria que te da tu nombre de diosa egipcia». Mientras lo decía, en la tarde de seducción entre un sorbo y otro de su piña colada, Adriano capturó la desprevenida mano de Isis y la sometió, con seductora ternura, al roce silencioso de sus dedos largos. «Así como llevamos la vida doméstica necesito compartir contigo una búsqueda que nos asombre». Isis hizo una pausa para mirarlo con la complicidad marrón de sus ojos al mismo tiempo que, con la mano libre, luego de tantear en el bolso de playa, le mostraba un vibrador de color aluminio como si estuviera haciendo un brindis y lanzando un desafío.

«Sade nos abrió las puertas de todas las búsquedas», correspondió Adriano con una sonrisa que llevaba en sí el recuerdo del movimiento de caderas de Isis, que la noche anterior, en plena

Playa del Murciélago, se contagió del ritmo de las canciones de unos jovencitos bohemios, que tocaban guitarra, requinto y bongó, alumbrados por la fogata farrera. Un soldado gringo de la base de Manta, que deambulaba ebrio en su día franco, aplaudió, silbó y gritó herido de nostalgia: «*what the fucking hell am I doing here*», porque tal vez se le vino de golpe la visión de los bares de Rockland, frente a la bahía, en su lejano Maine.

«El marqués me aburre porque sus escritos carecen de sensualidad», contradujo Isis y, como si lo invitara a rastrear sus huellas de amor eterno, añadió: «yo prefiero la caligrafía con la que escribes en mí». Adriano, tímidamente, cogió el vibrador que Isis le enseñara minutos antes. «Escribiré sobre el pergamino de tu cuerpo extendido», aseguró con la cadencia de la voz de los que aman mientras examinaba ese juguete en forma de un dedo aluminado que Isis había traído. Bebió sin pausa lo que quedaba de su trago y le devolvió el juguete con el rubor de quien se quita de encima la prenda que antecede a la última desnudez.

«Tú sabes, Adriano, que para mí la plenitud del amor consiste en abrir todos los puertos de mi cuerpo y recibirte despojándome de cualquier pudor», comentó Isis mientras lo contemplaba con la franqueza de quienes comparten indistintamente la apacible luz de lo cotidiano y el fuego agitado de los descubrimientos. «Espero que toquemos juntos el fondo de nuestro anhelo».

En esta noche de luna marina, él ensancha con su dedo ávido el ojo del tabú. Afuera, el mar golpea su rugido de nocturnidad contra las piedras que duermen delante del rompeolas. El ojal oculto, ya lubricado, acoge el deseo de la pareja. Isis, que ofrece el promontorio de sus nalgas al ansia de su hombre, tiene la sensación que de pronto un cayado, con la firmeza que le imprimiría un recio pastor medieval, se hunde profundo, ya sin resistencia, en la arena húmeda sobre la que aún crepitan restos de espuma que se desvanece.

El bálano del varón se abre paso como un taladro gentil que penetra la acogedora cavidad de su hembra, en la que calza de manera perfecta. El rumor de la noche bañada por el mar de Manta invade la habitación. Enseguida, Adriano cabalga como un jinete cubierto de gloria sobre la

grupa ardiente de Isis, que se entrega imaginando que las olas revientan, una tras otras, sobre su carne ofrendada.

Los dos emiten entrecortados ayes que inundan de sudorosos jadeos la habitación. Sus cuerpos se iluminan como cuando el sol del cenit bebe las perlas de agua que resbalan en la piel recién salida del mar. Mientras se entregan a la feroz cabalgata, las yemas del índice y el dedo medio de la mano derecha del hombre frotan sin tregua esa aceituna del éxtasis de la mujer que está a punto de reventar. Las rocas del malecón esparcen su aroma de sal humedecida y las embarcaciones dormidas junto al muelle se estremecen.

La mujer es ahora un solo e inenarrable ardor y suplica a su hombre que no la abandone, que la acompañe en su entrega. Adriano acelera sus embestidas e Isis, perdida en un placentero dolor, extraviada en un doloroso placer, le ruega que concluya la jineteada, *la locura sin nombre de todos los ardores*. Ella estalla y él la inunda con inútil semilla de vida.

Después, el mar... susurrando que viene... murmurando que se va... el mar, siempre el mar...

Isis y Adriano se abandonan al sueño que sigue al éxtasis de la entrega. Manta se ha sumido en el canto ceremonial de esta madrugada de marzo. A lo lejos, un buque de la armada norteamericana, de regreso al puerto, escolta a una embarcación, que debió ser desguazada años atrás, fracasada en su nuevo intento de contrabandear más de setenta emigrantes hacia Centroamérica.

De pronto, como si reventasen los secretos de la aurora, Adriano se despierta al sentir una lengua que humedece el orificio oculto en medio de sus nalgas, *un fuego de colores en un fuego de fiebres*. Isis aprieta dulcemente el dedo aluminado y, con algo de violencia, con mucho de ternura, lo introduce en su hombre igual que si enterrara un cayado en la arena ansiosa de la playa. El hombre, en cuyo rostro se dibuja el asombro y cierto dolor, se distiende de inmediato al sentir los labios de la mujer que recorren su nuca con suavidad y delectación. Ella le susurra palabras de miel sobre el amor antiguo que se profesan.

En lo profundo de Isis y Adriano retumba la canción del mar... bramando... gimiendo...